

## TEXTO PARA EL CLAUSTRO PLENO 2019. Eduardo Araya

### *( Ad instart manuscripti )*

En las ciencias sociales, hace 30 ó 40 años la palabra populismo era empleada casi exclusivamente para describir ciertos rasgos recurrentes en la política latinoamericana. Hoy, el término se usa de una manera tan profusa como difusa. Los primeros estudios sociológicos sobre populismo en la década de los 60 intentaron explicar este fenómeno desde ciertos rasgos más o menos atávicos de la política latinoamericana como por ejemplo el caudillismo, el personalismo y las relaciones patrimoniales. También se explicó como consecuencia de una modernización limitada, es decir, en América Latina había populismo porque la modernización de la sociedad era más tardía, lenta y fragmentaria que otras secuencias en otras latitudes. La conclusión, entonces, era que el populismo desaparecería con más modernización y con el paso del tiempo. Hoy, ese tipo de análisis nos resulta ingenuo, hemos tenido más modernización y también hemos tenido más populismo.

Paradójicamente, ahora hay formas de "populismo" en democracias antiguas y consolidadas. En diversos lugares de Europa hoy proliferan movimientos y partidos que exhiben rasgos populistas y que, incluso teniendo discursos políticos antagónicos, a veces llegan a compartir alianzas políticas para capturar el Gobierno, como por ejemplo en Italia.

Lo que de esto trasunta es el desprestigio de la política como actividad de las elites políticas y de las instituciones. Pero más allá de eso, esta proliferación se explica por percepciones de amenazas y problemas no resueltos de la globalización, por ejemplo: la precariedad del empleo, los problemas crecientes de financiamiento del estado de bienestar y los migrantes como amenaza.

Los caudillos populistas, de todos los signos, son pescadores a río revuelto. Es cierto que el término populismo ha adquirido una semántica tan amplia que se ha desfondado y que populista suele emplearse como un arma arrojada en las disputas políticas, pero no es menos cierto que el fenómeno no solo existe sino que también, como tendencia, crece.

¿Que es lo que distingue a los populistas? De entre los muchos rasgos típicamente populistas hay al menos algunos que sobresalen: Primero, la sobre-simplificación de la realidad. El mundo se divide entre buenos y malos, amigos y enemigos, porque aunque errar es humano, siempre es más humano culpar a los demás. No solo tienen una clara explicación acerca de la naturaleza y la causa de los problemas, también tienen las soluciones y estas siempre son simples: por ejemplo, la culpa es de la globalización, de los migrantes, de los políticos o los burócratas. Los populistas ven el mundo sin matices y creen en el inmediatismo, aunque todos sepamos que la política es una actividad que requiere reflexión y debate. Como alguien lo caracterizó, un populista es alguien que siempre te dice aquello que tu quieres escuchar.

¿Existen riesgos de que esta ola de populismo nos alcance? Por cierto, el populismo prolifera en condiciones de crisis y siendo realistas, vivimos una situación de crisis en donde son ya demasiadas las instituciones del país que por diversas razones han perdido confiabilidad y el respeto de los ciudadanos. A este respecto no necesitamos ni detalles ni cifras. En la actualidad, la calidad del debate político tampoco ayuda. Tenemos la impresión que muchos de nuestros políticos solo conversan entre ellos.

¿Existe el riesgo de que el populismo se extienda también a la vida universitaria?

Tiendo a pensar que el riesgo existe y no por un simple pesimismo respecto del futuro, sino porque parte de mi oficio como académico ha sido siempre mirar lo que ocurre para tratar de identificar tendencias en la evolución de la sociedad.

El riesgo existe, en primer lugar, porque la Universidad siempre ha sido parte de la sociedad y no está ajena a sus tensiones y pulsiones. En segundo lugar, vivimos un momento donde confluyen múltiples demandas por cambios políticos, económicos y culturales, junto con instituciones en crisis y en donde hasta la propia noción de autoridad, a veces, es puesta en cuestión. También porque nuestro propio sistema universitario está sometido a innumerables tensiones que serían de larga enumeración. Quisiera, por tanto, señalar solo algunos aspectos que me parecen mas significativos: Las exigencias de la vida académica, en ámbitos tales como la investigación y el acceso a

fondos tienden a estimular más la competencia que la cooperación. El resultado es que tenemos universidades más fragmentadas en su vida cotidiana. Mirar y pensar en el futuro colectivamente, tiende a tener un límite factual en los procesos de acreditación. No quiero decir con esto que los procesos de acreditación no sean importantes, lo son y por múltiples razones, pero a veces ocurre que lo urgente no nos deja ver lo necesario. Finalmente, la Universidad es parte de la sociedad.

El riesgo del populismo está también presente porque la Universidad vive procesos de decisiones y éstos no están exentos de presiones corporativas. Siempre se puede caer en el mesianismo, en la tentación de las soluciones fáciles y de corto plazo. Las decisiones, sean éstas de alta política o de política universitaria, no solo requieren de eficiencia sino también de efectividad en el largo plazo. Finalmente, también hay riesgos de populismo cuando caemos en la lógica de que la realidad es aquello que está en las redes sociales y que las cosas son ciertas solo porque se repiten. Si hay algo que hemos aprendido en los últimos años, es que las redes sociales no solo se han transformado en una amenaza para la verdad sino también para el funcionamiento de instituciones democráticas.

Por consiguiente, necesitamos que las Universidades funcionen y que tengan gobernabilidad. Necesitamos decisiones que se construyan desde la reflexión crítica y en espacios institucionales. Es muy propio de los proyectos populistas y mesiánicos creer que tienen la verdad en todo y pueden construir políticas universitarias desde la retórica y a espaldas de las estructuras institucionales. Lo que permite contener las prácticas y arbitrariedades de los populistas son instituciones dotadas de legitimidad y prestigio.

En consecuencia, necesitamos cuidar colectivamente a nuestra Universidad, protegiendo las instancias formales de expresión y apartándonos de todos aquellos canales que rompen con la institucionalidad legitimada en nuestras normas. De esta manera, la Universidad seguirá siendo en el futuro aquello que fue en sus orígenes "la comunidad de los que enseñan y los que estudian unidos en la búsqueda de la verdad".